

ME mató con la mayor facilidad: golpeándome la cabeza contra los adoquines de la calle. ¡Zas! ¡Dios mío, qué tonta había sido! Todo mi odio se desvaneció con aquel primer golpetazo. ¡Qué necia al armar todo aquel escándalo por haberle sorprendido con otra mujer! Y ahora eso era lo que me estaba haciendo, ¡zas! Ése fue el segundo, y después todo se oscureció.

Mi alma, tan joven y lustrosa, debió de centellear un instante a la luz de la luna, pues vi que levantaba la vista del cuerpo y se quedaba mirando fijamente hacia arriba. Aquello me dio una idea: me aparecería a él como un fantasma. Toda mi vida les había tenido miedo, pero ahora yo era uno, había sonado el momento de tomarme mi pequeña revancha. Él nunca los había temido: siempre decía que los fantasmas no existían. ¿Conque no, eh? ¡Ya le enseñaría yo! John se levantó sin dejar de mirar fijamente al frente. Lo veía con claridad meridiana. Poco a poco fui sintiendo cómo el odio se apoderaba otra vez de mí. Le puse mi cara delante, casi pegada a la suya. Pero no parecía verme, y siguió con aquella mirada fija. Luego echó a andar hacia adelante como si fuera a pasar a través de mí. Por un momento sentí miedo. Sí, ya sé que es una tontería que un espíritu tuviera miedo de un cuerpo de carne y hueso, pero, ya ven, el miedo no actúa siempre como uno se lo espera. Así que retrocedí unos pasos ante él, y luego me hice a un lado para dejarle pasar. Cuando me recobré del susto ya casi había desaparecido en las sombras de la calle, y entonces me lancé en su persecución.

Y sin embargo, no creo que hubiera podido darme esquinazo: aún existía algo entre nosotros que me ligaba a él. Así que, como quien no quiere la cosa, por así decir, lo seguí hasta High Street y luego bajamos por Lily Lane.

Lily Lane estaba sumida en la más completa oscuridad, pero podía verle tan bien como si fuese de día. Entonces sentí cómo renacía mi valor. Apreté el paso y cuando lo hube adelantado giré sobre mis talones, di unas palmadas y proferí una especie de gemido lastimero, como había leído que hacían los fantasmas. Él esbozó una leve sonrisa, con un rictus de satisfacción, pero no estaba muy claro que me viese. ¿Sería posible que su absoluta incredulidad en los fantasmas hiciera que no pudiese verme? «¡Huu!», silbé entre dientecitos. «¡Huu! ¡Asesino! ¡Asesino!» Alguien abrió de golpe la ventana de un piso alto. «¿Quién está ahí?», preguntó una voz. «¿Qué es lo que pasa?» Así que era evidente que el resto de la gente sí podía oírme. Pero yo guardé silencio. Aún no quería delatarle. Al menos por el momento. Y, mientras, él seguía impertérrito su marcha, sonriendo para sus adentros. Nunca había tenido ni una pizca de conciencia, me dije: ahí va con un asesinato recién cometido en su haber y sonriendo como si tal cosa. Pero, a pesar de todo, su rostro tenía una expresión extraña.

Era un poco raro verme convertida de pronto en un fantasma. Diez minutos antes era una mujer aún con vida y ahora iba flotando por el aire con aquel viento húmedo y penetrante que se me clavaba en los omóplatos. ¡Ja, ja! Di un grito seguido de una sonora carcajada; ¡era todo tan divertido...! No me cabía duda de que John lo había oído. Pero no, dobló la esquina y siguió por Pole Street.

A lo largo de Pole Street los plátanos estaban perdiendo sus hojas, y entonces una idea cruzó por mi mente. Hice que aquellas hojas muertas se levantaran sobre sus finos bordes, como si fuera el viento lo que las arrastrara. Y a todo lo largo de Pole Street le siguieron, tamborileando en la calzada cada una con sus cinco secos dedos. Pero John se limitaba a apartarlas con los pies y seguía andando. Y yo reanudé mi persecución. Como ya he dicho, aún había entre los dos algún vínculo que me unía a él.

Sólo en una ocasión se volvió y pareció verme, reconocirme incluso. Pero su rostro, más que traslucir ningún miedo, traslucía triunfo. «¡Estás muy contento de haberme matado», pensé, «pero yo haré que lo lamente!»

Y entonces, de pronto, aquel arretrato se me pasó. ¡Buena cristiana estaba yo hecha! ¡Acababa de morir hacía apenas quince minutos y aún seguía pensando en la venganza en vez de prepararme para mi encuentro con el Señor! Una especie de voz dentro de mí parecía decirme: «¡Déjalo, Millie, déjalo antes de que sea demasiado tarde!». ¿Demasiado tarde? Pero, bueno, lo dejaría cuando quisiera, ¿no? Los fantasmas se aparecen cuando les viene en gana, ¿o no? Intentaría aterrorizarlo sólo una vez más y luego lo dejaría y me pondría a pensar en el cielo.

Se detuvo, se volvió y nos quedamos mirándonos cara a cara.

Lo señalé con las dos manos:

—¡John! —le grité—. ¡John! ¡Estás muy bien ahí parado, sonriendo y mirando con esos grandes ojos de besugo que tienes, creyéndote que la victoria es tuya, pero no, no lo es...! ¡Me las vas a pagar! ¡Voy a acabar contigo! ¡Voy a...!

Interrumpí mi discurso y solté una ligera carcajada. Varias ventanas se abrieron de par en par. «¿Pero quién es? ¿Qué es todo ese jaleo?», y cosas por el estilo. Todo el mundo me había oído. Pero él lo único que hizo fue dar media vuelta y echar otra vez a andar.

«¡Déjalo, Millie, antes de que sea demasiado tarde!», repitió la voz.

Así que eso era lo que la voz quería decir: que lo dejara antes de traicionar su secreto, para que el pecado de la venganza no pesara sobre mi alma. Muy bien, de acuerdo, lo dejaría. Me iría derecha al cielo antes de que ocurriese algún percance. Así que abrí mis brazos y probé a flotar en el aire. Pero una fuerza extraña, como una impetuosa

ráfaga de viento, me arrastró en volandas calle abajo tras él. Había algo que se revolvía en mi interior y que seguía uniéndome a John.

Era un tanto extraño que pareciera tan real a toda aquella gente hasta el punto de que me tomaran por una mujer viva. Pero él, que era quien más razones tenía para temerme, pues nada, ni siquiera estaba nada claro que me viese.

¿Y adónde dirigía sus pasos a lo largo de una calle tan desolada como Pole Street? Dobló la esquina y siguió por Rope Street. Vi un luminoso azul: era la comisaría de policía.

«Oh, ¡Dios mío!», pensé. «¡Lo he conseguido! ¡Oh, Dios mío, va a entregarse!»

«Tú lo has empujado a ello», dijo la voz. «¿Qué creías, tonta, que no te veía? ¿Qué esperabas? ¿Que se pusiese a dar gritos y a farfullar del miedo que le dabas? ¿Creías que John era un cobarde? Ahora su muerte pesará sobre tu conciencia.»

—¡No, yo no he sido, yo no he sido! —grité—. ¡Nunca quise hacerle ningún daño, de verdad, nunca! No, no le habría hecho daño por nada del mundo, no, no. Oh, John, ¡no me mires así! ¡Aún hay tiempo... tiempo!

Y mientras le gritaba, él estaba parado delante de la puerta de la comisaría, mirándome, hasta que salieron los policías y formaron un corro a su alrededor. Ya no podía escapar.

—¡Oh, John! —exclamé entre sollozos—, ¡perdóname! ¡Yo no quería hacerte eso! Han sido los celos, John, los celos... porque yo te quería.

Sin embargo, los policías no hacían caso de él.

—Ésa es —dijo uno de ellos con voz ronca—. Lo ha golpeado con un martillo, ha sido ella..., le ha saltado la tapa de los sesos. Pero ¡Dios mío!, ¿habéis visto qué cara tan horrible pone? Parece como si hubiera visto un fantasma.

—Mirad, cómo tiene la cabeza, pobre chica. Por lo visto, después de acabar con él ha intentado matarse también ella con el mismo martillo.

El sargento dio entonces un paso al frente.

—Todo lo que diga podrá ser utilizado como testimonio en su contra.

—¡John! —exclamé casi sin voz, tendiéndole los brazos, pues al fin se había suavizado la expresión de su rostro.

—¡Virgen Santa! —exclamó uno de los policías santiguándose—. ¡Es como si viera el fantasma del muerto!

—Seguro que a ésta no la mandan a la horca —murmuró otro—. ¿Has visto en qué estado se encuentra? ¡Pobre muchacha!